

la región. La cultura en Chiapas —también en este sentido— era una mezcla de las culturas maya y mesoamericana.

En términos generales, a diferencia de otras regiones de México tales como el altiplano central o la península de Yucatán, los pobladores de Chiapas se desarrollaron en relativo aislamiento desde los asentamientos originales hasta la llegada de los españoles a mediados en el siglo xvi. Incluso en relación con el grado de desarrollo político y cultural alcanzado en Guatemala, las comunidades de Chiapas se caracterizaron por su dispersión, fragmentación y relativo atraso. En estas condiciones encontrarían los conquistadores españoles a las comunidades indígenas, y su desarrollo futuro estaría marcado por este origen particular.

II. LAS CONQUISTAS DE CHIAPAS

DURANTE MUCHOS SIGLOS el continente americano estuvo aislado del resto del mundo, lo que permitió que se desarrollara con base en sus propias fuerzas y condiciones materiales y sociales. Este proceso se vio interrumpido a fines del siglo xv, y en la región de Chiapas unas cuantas décadas después.

A partir del arribo de la primera expedición a tierras americanas, la corona española extendería su dominio sobre un número muy grande de indígenas en el continente en un periodo relativamente breve. A partir de mediados de la segunda década del siglo xvi y durante los siguientes tres decenios, diversas expediciones militares fueron ampliando la soberanía formal de España a partir del control original imperial ejercido sobre diversas islas en el mar del Caribe, descubiertas y ocupadas desde fines del siglo anterior. Desde Cuba partieron conquistadores que atravesaron por el centro de México, dominaron a los aztecas y, desde su capital en Tenochtitlan, se desplegaron hacia el norte y el sur en busca de riquezas adicionales. En unos 10 años los españoles lograron penetrar las regiones mayas en el sur del país y en el territorio que actualmente forma parte de Guatemala. (Las expediciones de exploración y conquista continuaron hacia el sur por tierra a lo largo de Centroamérica y por agua hasta Sudamérica.) La conquista plena de estas tierras y sus pobladores tardaría, sin embargo, varios decenios más.

Las principales comunidades de Mesoamérica fueron derrotadas militarmente por los españoles, pero a partir de ese momento su conquista desató múltiples y diversas fuerzas sociales, culturales y geográficas que provocarían entre los indígenas procesos de subyugación, así como de asimilación y escape. Al choque armado inicial, en el que los españoles —provistos de armaduras, armas de fuego y caballos— contaban con una ventaja, siguieron

luchas, enfrentamientos y acomodados mucho más complejos y lentos entre los invasores y las comunidades de indios americanos. Al fin del proceso militar, político y social se terminaría por constituir una sociedad propia y distinta de cualquier otra en el mundo.

La conquista de cada una de las regiones y entidades que conformaban las civilizaciones indígenas en el siglo xvi siguió su propia lógica, que dependió a su vez de su localización precisa dentro del vasto territorio mesoamericano, las condiciones geográficas en donde se encontraban sus asentamientos, su composición demográfica, su organización social y política y, por supuesto, su riqueza material.

El número varias veces mayor de indígenas en relación con el de los conquistadores determinó las formas de conquista y, una vez dominados —por medio de las armas o las alianzas o las enfermedades— también determinó las relaciones de control. Los españoles se impulsieron sobre una población muy amplia porque, una vez socavada su resistencia inicial, establecieron un régimen político y cultural capaz de gobernar sobre millones de personas que, sólo en los márgenes y esporádicamente, se rebelarían con violencia a la dominación extranjera.

Los españoles que llegaron a tierras americanas tenían un propósito predominante: la obtención de bienes y metales preciosos. Eran militares, sacerdotes y marinos. Al principio fueron unos cuantos; después la migración creció. La mayoría provenía de Castilla y predominaban entre ellos los blancos y los católicos. Después, migraron españoles provenientes de otros reinos y extranjeros en menor número. La corona intentó motivar la migración de hombres con esposas, pero en general el mayor número de migrantes fue de hombres solteros, lo que, en consecuencia, produjo un déficit permanente de mujeres blancas en los territorios conquistados.

Las rutas que siguió la conquista —desde las Antillas hasta el sur del continente— se trazaron a partir de la búsqueda de oro y otras riquezas que los indígenas poseían en distinto grado. La facilidad de acceso por tierra o agua, y el lugar y el tamaño de los asentamientos humanos que se encontraban dispersos en los territorios

recién descubiertos determinaron la dirección y el ritmo de la conquista. Mientras más cercanos y accesibles los pueblos y más grandes y organizadas sus poblaciones, más atractivos resultaron para los españoles. La posibilidad de extraer riquezas materiales en forma inmediata a través del despojo y el robo o, más adelante, por la vía del trabajo humano de miles de indígenas, motivó los esfuerzos de expansión de los conquistadores. Mientras más concentrada estuviera la riqueza mineral o mayor fuera la posibilidad de extraer trabajadores de las comunidades para el servicio de los españoles, más codiciada resultaba la región indígena de que se trataba.

La búsqueda de riqueza material (principalmente oro) no sólo impulsó a los conquistadores a emprender aventuras en el continente americano, sino también hizo posible que las expediciones fueran financiadas por la corona e, indirecta o directamente, por comerciantes y banqueros españoles y europeos que, con ello, esperaban obtener el control de nuevas fuentes de ingresos en las regiones recién colonizadas.

La riqueza que podía obtenerse en las tierras americanas significaba para el conquistador individual quizá un título de nobleza o, al menos, una forma de vida equivalente en España o, incluso, en América, donde más y más fueron asentándose permanentemente. La riqueza acumulada podía servir para pagar una forma de vida cómoda en las nuevas posesiones mediante la adquisición de bienes traídos de Europa por vía del comercio trasatlántico. Los individuos que se sumaron a las expediciones de descubrimiento y conquista aspiraban a mejorar sus condiciones de vida alcanzando, de ser posible, el prestigio y el bienestar material de la nobleza española.

La búsqueda de riquezas materiales no estuvo —en términos generales— en conflicto fundamental con el esfuerzo de extender la fe religiosa. Si bien estos dos motivos podían y, de hecho, entraron en contradicción muchas veces en América, también eran compatibles entre sí. Para los conquistadores y los misioneros y sacerdotes que los acompañaron, el control (físico y espiritual) de los indios era necesario para lograr sus propios fines. En España, y en toda Europa,

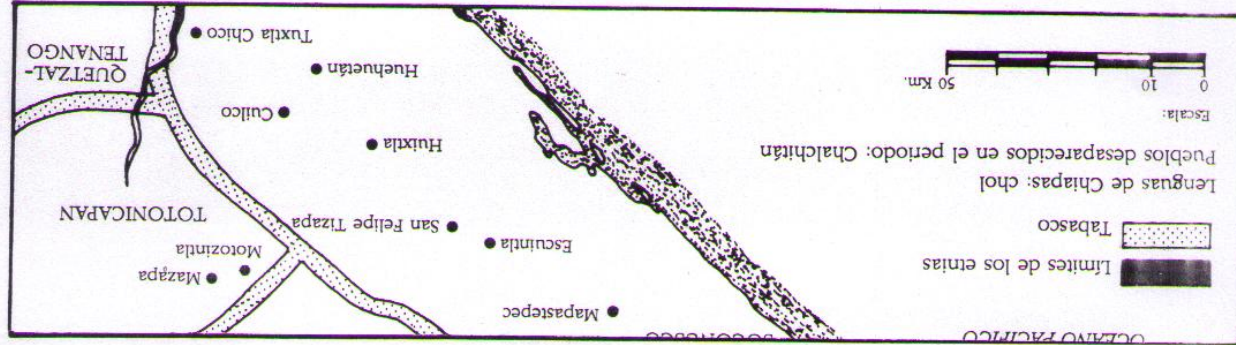
teólogos y juristas debatieron sobre la justicia de la guerra, la esencia de la humanidad indígena y los derechos de conquista, llegando a moldear leyes y aminorar formas de dominación, pero sus argumentos no detuvieron, antes bien, alentaron y justificaron el avance de la conquista y la explotación de los indígenas americanos.

El imperialismo no se inició en el mundo con la conquista española de las tierras americanas; ya antes personas consideradas inferiores (política, social, étnica o espiritualmente) habían sido subyugadas por las potencias europeas. La esclavitud y otras formas de explotación personales eran practicadas ampliamente alrededor del mundo. La certeza de la superioridad del catolicismo sobre cualquier otra forma de fe religiosa —más aún cuando se trataba de creencias extrañas al cristianismo— no estaba en duda para los conquistadores y sus monarcas. Aun así la experiencia de la conquista de los territorios americanos, habitados por civilizaciones dotadas en algunos casos de un grado de desarrollo elevado y sistemas culturales integrales, presentó un desafío particular al imperialismo español (y portugués, en sus respectivos territorios americanos). Nunca antes un reino europeo había absorbido en un periodo de tiempo tan breve —el de una generación a lo más— una masa de personas tan amplia. Mientras que en los reinos de Castilla y Aragón habitaban a principios del siglo xvi casi seis millones de personas en el primero y otro millón en el segundo, en los territorios americanos conquistados existían alrededor de 50 millones de habitantes, más de siete veces los de la potencia dominante. La dimensión de la empresa de conquista significó en sí mismo un reto ideológico y político de grandes proporciones.

En las tierras conquistadas la apropiación de riquezas adquirió varias formas, desde las más primitivas hasta —con el paso del tiempo y el establecimiento de asentamientos más o menos regulares— formas bastante sofisticadas. En los primeros encuentros con los indios los españoles robaban, saqueaban y se llevaban consigo, de ser posible, los bienes que hallaban. Asimismo, forzaban a los indios a servirles en los trabajos más pesados. Más adelante ocuparon la tierra y comenzaron a explotar la mano de obra

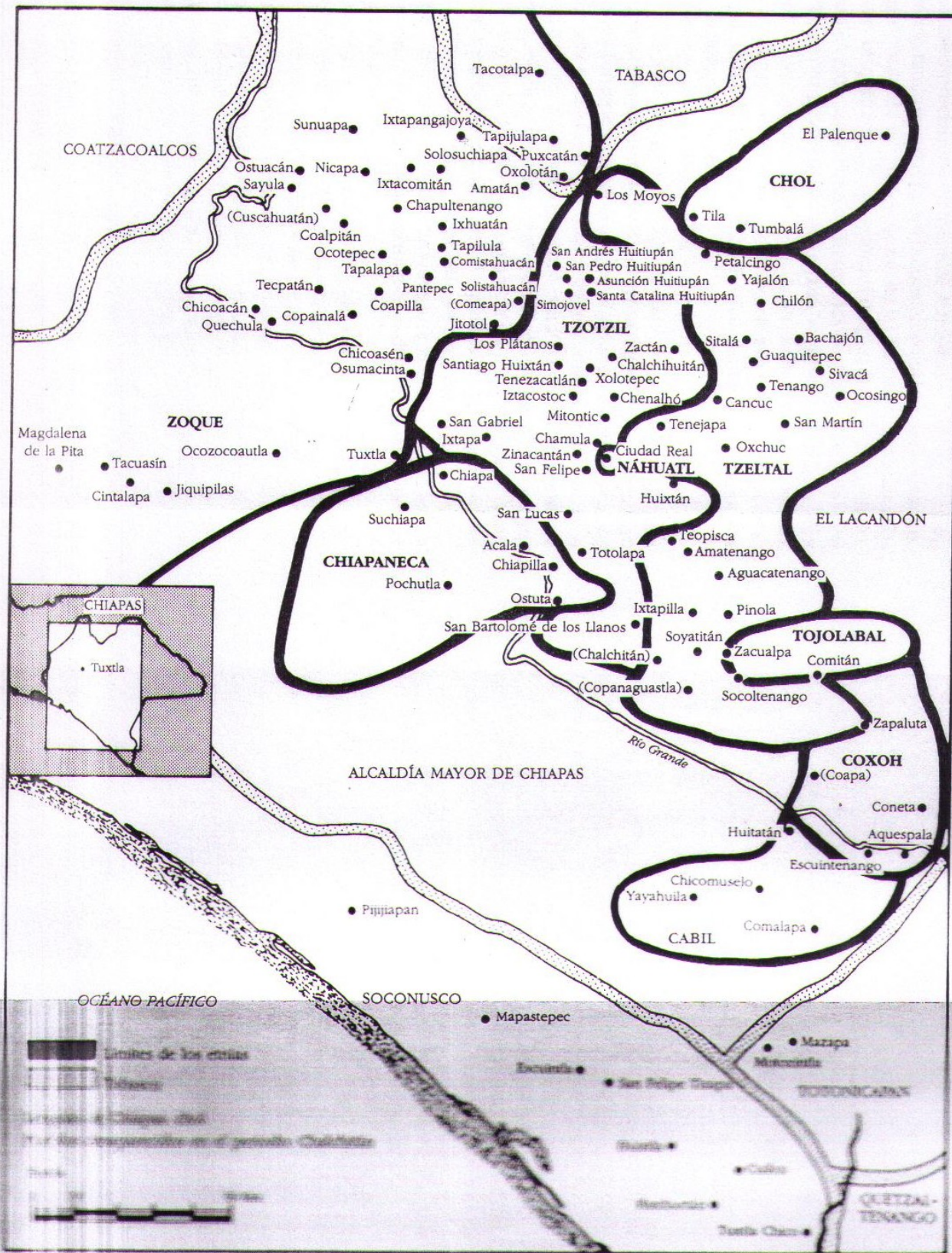
ndo
rsas.
sas.
los
éto-
r un
para
ales
íge-
e los
ban-
e se
una
los
Y la
o de
Re-
mé-
del
cer-
ban
ver-
ban
stia-
nto.
ción
lver
nían
s de
mor-
nios
ge-
ssa.
con-

FUENTE: Juan Pedro Viqueira, *Indios rebeldes e idólatras. Dos ensayos históricos sobre la rebelión india de Cancuc, Chiapas, acaecida en el año de 1712*, México, CIESAS, 1997, mapa 2.



MAPA 4. Grupos étnicos (1680-1700)

MAPA 4. Grupos étnicos (1680-1700)



11. BROWN, J. L.: *Pedro Viqueza, Indio rebelde e abolicionista. Dos ensayos históricos sobre la rebelión india de Cancun, Chiapas, acaecida en el año de 1763*. México: UNAM, 1967, tomo I.

teólogo
cia de
a mola
mente
de la c
El in
pañol:
inferic
subyu
mas d
reded
sobre
tratara
para l
de la c
lizac
elevac
ticular
territo
sorbid
ción a
en los
casi se
segun
alrede
la pot
signifi
porcic
En l
varias
tiemp
lares—
con le
consig
ban a
lante c

disponible para la acumulación de bienes materiales, comenzando con minerales preciosos y alimentos. A través de formas diversas de comercio también obtendrían bienes en condiciones ventajosas. Con el propósito de extraer riquezas de las tierras y controlar a los indígenas conquistados, los españoles emplearon todos los métodos posibles para adueñarse de lo que les pudiese representar un enriquecimiento personal, ya fuera para regresar a España o para asentarse en sus nuevos dominios. Las características materiales del lugar y la presencia (o no) de poblaciones estables de indígenas determinaban, por su parte, las formas de explotación que los españoles llevaron a cabo.

Un número de españoles estuvieron motivados por la expansión de la fe y la religión católica (lo que no necesariamente se oponía a la acumulación de bienes terrenales); los motivaba una creencia profunda en la necesidad y el deber de convertir a los indígenas a la fe cristiana. Se trataba de una misión universal. Y la posibilidad de conversiones masivas estimuló el celo religioso de misioneros, el clero secular y la Iglesia en España y Roma. Religiosos tomaron la decisión de sumarse a las expediciones a América, pero a medida que la corona española pasó a hacerse del control de la evangelización, también lo hizo del flujo de sacerdotes y de miembros de las órdenes religiosas que deseaban incorporarse al proceso de cristianización de los nuevos convertidos indígenas.

En los territorios que se fueron abriendo a la Conquista habitaban millones de seres que, para la Iglesia, sólo eran potenciales cristianos una vez realizadas las tareas de bautismo y adoctrinamiento. La expansión europea alrededor del mundo contó con la sanción vaticana. A través de varias encíclicas, los papas intentaron resolver algunos problemas morales, jurídicos y espirituales que imponían el descubrimiento y la conquista de millones de pobladores de tierras hasta entonces desconocidas en Europa. De este modo otorgaron autoridad a la corona española para expandir sus dominios y subyugar a los indígenas americanos. La Conquista y la evangelización se convirtieron así en prácticamente la misma empresa. La corona pasó a representar a la Iglesia en América. Los indios con-

quistados debían ser convertidos al catolicismo y tratados a partir de entonces como cristianos.

Como consecuencia de la concentración de riquezas materiales y pobladores indígenas, el interés primordial de los conquistadores lo atrajeron regiones como el centro del altiplano mesoamericano y, más adelante, su región norte (Zacatecas), así como ciertas partes del Imperio Inca, pues en estas zonas se localizaban los yacimientos más ricos de plata en el continente americano. La accesibilidad de mano de obra para explotar los yacimientos minerales volvió al Perú y al altiplano mexicano en el centro de la presencia española en América; las demás regiones fueron desarrollándose de acuerdo con la combinación de riquezas —tanto naturales como humanas— que poseían.

Chiapas se encontró desde un principio en la periferia de las rutas de exploración y de la conquista española. Esto permitió a algunas comunidades gozar durante un tiempo si no de una completa independencia, sí de cierto aislamiento; aunque finalmente también los conquistadores españoles terminaron por subyugar a las comunidades mayas de Chiapas. Sin embargo, las condiciones de difícil acceso y el hecho de que la amplia mayoría de las poblaciones chiapanecas se hallaran dispersadas pospusieron temporalmente el dominio español más completo de esta zona. El retraso relativo en el interés que evidenciaron los conquistadores por extender su control al altiplano chiapaneco y, todavía más, a los habitantes de la Selva Lacandona, se debe también a la pobreza de estas comunidades en relación con las civilizaciones más ricas de los centros de México e, incluso, de la península de Yucatán y de sus vecinos más al sur, en Guatemala.

Las comunidades que habitaban el centro de Chiapas (o Chiapa, como conocerían primero los españoles a la región de los Altos y los valles circundantes) estaban aisladas geográficamente, protegidas por elevaciones montañosas de más de 1000 metros de altura con pasos difíciles de cruzar. Asentadas a un lado de la Sierra Madre, la entrada a las poblaciones chiapanecas se dificultaba prácticamente por cualquier lado; una apertura natural estaba al norte, donde las tierras que colindan con Tabasco son planas y extendidas.

En otro de los linderos de la región, la Selva Lacandona aparecía imponente, tanto en extensión como en la densidad de su flora; recorrer unos cuantos kilómetros a través de los árboles y el follaje de la selva implicaba grandes esfuerzos físicos sin que, además, se tuviera ninguna certeza de hallar otros seres humanos en muchos días de camino. El recorrido entre el centro de Mesoamérica y lo que ahora es Centroamérica podía hacerse a través de la región del Soconusco —una llanura que corre en forma paralela a la costa del Pacífico y, por ende, que servía como puente natural para el comercio y el tránsito entre las dos regiones—. Una ruta comercial muy importante —que partía de los valles centrales— recorría el Río Grande, pasando por Chiapa, a través de las montañas, y Quechula y, hacia el norte, el actual estado de Tabasco, cerca de la frontera con Veracruz. En algunos tramos de esta ruta, se utilizaba el río donde era navegable.

A la llegada de los españoles habitaban en Chiapas entre 200 000 y 220 000 indígenas de varios grupos étnicos; cerca de 50 años después de la Conquista, la población autóctona se había reducido drásticamente (quizás a una tercera parte) como resultado de la violencia, la desarticulación social y cultural y, de manera muy marcada, las enfermedades extrañas que importaron los españoles del viejo continente. En el Soconusco, la caída demográfica fue aún más drástica, reduciéndose a menos de 10% el número original de habitantes para fines del siglo xvi.

A pesar del trauma de la Conquista y sus secuelas destructivas, la población indígena que sobrevivió y logró reproducirse también pudo salvar parte sustancial de su cultura y su forma de vida. Se dio un proceso de adaptación y de resistencia que, sin embargo, fue abrumado por el enorme poder que poseían y ejercieron los conquistadores y el imperio al que servían. La sobrevivencia social y cultural de los indígenas chiapanecos fue posible (en relación con otras civilizaciones prehispánicas) en buena medida debido precisamente a su menor grado de desarrollo, su mayor pobreza y su dispersión dentro de una geografía más accidentada. En dicho terreno, los métodos de control y explotación que los españoles y sus instituciones políticas, económicas y religiosas

utilizaron en otras partes del continente americano no fueron capaces de destruir o asimilar completamente a los indígenas de Chiapas.

El conocimiento de la llegada inicial de los españoles al continente americano se disminuyó tierra adentro sólo de manera gradual y a lo largo de varios años. A partir del desembarco en el Caribe de las expediciones de Cristóbal Colón a fines del siglo xv, los indígenas fueron conociendo de la expansión española paulatinamente. En un periodo de alrededor de dos o tres décadas desde la conquista del imperio azteca, los españoles entraron en contacto directo con la mayoría de la población indígena del continente.

Las primeras noticias de la llegada de los españoles a territorio mexicano llegaron a las comunidades de Chiapas en forma de rumores y mensajes poco claros cerca de 1520. Pero se supo pronto de la caída de Tenochtitlan a manos de extranjeros. Una delegación reunida con gente de diversos pueblos partió a cerciorarse de este acontecimiento. Las reacciones a la presencia española variaron de comunidad a comunidad, optando algunas por la resistencia violenta, mientras que otras proponían acuerdos de colaboración y hasta de alianza. En 1522 principales de Zinacantán tuvieron un encuentro pacífico con Hernán Cortés en el sur de Veracruz. Poco después, sin embargo, Cortés consideró rebeldes a las comunidades chiapanecas, a las que había que subyugar por la fuerza. Indios zoques, chiapanecas y tzotziles se habían organizado para la defensa; pero no todas las comunidades actuaban de igual forma. En el Soconusco algunos pueblos buscaron establecer relaciones de colaboración con los españoles; también lo hicieron miembros de otros grupos étnicos. En cualquier caso, el encuentro definitivo se retrasaría todavía un tiempo mayor.

Sin poseer las tierras más atractivas o de fácil acceso para los españoles, la conquista de Chiapas tomaría un lugar secundario al de otras regiones. Las primeras expediciones hacia el sur llegaron hasta el Istmo de Tehuantepec y, a través de las tierras bajas del Soconusco, a Guatemala, rodeando las tierras altas de Chiapas. A fines de 1523 salieron varios ejércitos desde la capital de la Nueva España: uno hacia Veracruz con el fin de embarcarse y llegar hasta

las costas de Honduras; otro, al mando de Pedro de Alvarado, cruzó por las tierras del litoral del Océano Pacífico, y otro más se concentró en la Villa del Espíritu Santo (edificada en 1522 a orillas del Golfo de México en las cercanías del río Coatzacoalcos) para desde allí avanzar contra los chiapanecas. El territorio de éstos quedó así rodeado por las diversas fuerzas expedicionarias que se asentaron en los caminos tradicionales del comercio regional —Tehuantepec y el Soconusco—. La conquista de Chiapas tardaría cerca de dos décadas más.

En 1525, en dirección a Honduras, Hernán Cortés pasó de largo las comunidades del centro de la región: comparada con sus vecinos, Chiapas no despertaba tanto interés. Aun así, los siguientes años habría guerras intermitentes y epidemias periódicas que destruirían comunidades enteras de Chiapas y que contribuirían al eventual dominio de la región. A principios de 1530, por ejemplo, una epidemia de viruela proveniente de las islas del Caribe se expandió por México y después por Centroamérica cobrando muchas vidas entre los indígenas de Chiapas y debilitando la resistencia al avance final de los conquistadores españoles.

La conquista de Chiapas se intentaría, pues, desde dos flancos. Una de las primeras expediciones salió de la Villa del Espíritu Santo a Chiapas dirigida por Luis Marín que, en 1524, tomó Chiapa o Chiapan luego de una cruenta batalla. En Zinacantán los españoles fueron recibidos sin oposición por los principales, deseosos de restablecer el comercio en la región. Las fuerzas de Marín recorrieron los alrededores de Chamula y Huixtán, pero, a pesar de varios enfrentamientos, no pudieron someter a los indios Zoque y Chiapan, fueron asignados a los vecinos españoles de la Villa del Espíritu Santo.

Desde Guatemala partió una segunda fuerza de conquista en 1525 presidida por Pedro de Alvarado, que cruzó la Selva Lacandona, conocida como Tierra de Guerra, para buscar infructuosamente encontrarse con Hernán Cortés. La accidentada geografía y la selva misma frustraron el esfuerzo. Los españoles se enfrentaron con varios grupos indígenas a los que infligieron varias muertes, pero sin

lograr dominarlos, y la Selva Lacandona siguió, en consecuencia, ajena al control español por mucho tiempo.

En cualquier caso, las jurisdicciones formales de Villa del Espíritu Santo y de Guatemala se extendieron pronto sobre territorio chiapaneco. El límite entre ambas autoridades españolas fue fijado a fines de la década de 1520. Comunidades indígenas zoques, chiapanecas y tzotziles de la región de los Altos de Chiapas quedaron divididas bajo autoridades españolas que competían entre sí y, de este modo, entre ambos gobiernos de españoles hubo desde un principio disputas sobre el territorio (y los indios) que decían debían quedar bajo su jurisdicción y control.

La política de la ciudad de México, capital del virreinato de la Nueva España, pronto incidió sobre la definición de las jurisdicciones de las diversas autoridades españolas sobre el territorio de Chiapas. La expedición de Mazariegos fue resultado de la rivalidad entre la Villa del Espíritu Santo y el tesorero real, Alonso de Estrada. En 1527 se restringió a Espíritu Santo su poder sobre la región zoque. A fines de ese año el gobierno de la Nueva España nombró a Diego de Mazariegos gobernador de las provincias de Chiapas. Para materializar su autoridad debía formar un pueblo o villa en la región para que, a su vez, se distribuyeran derechos a los vecinos sobre tierras e indígenas.

Desde Guatemala, mientras tanto, el hermano de Pedro de Alvarado, Jorge, en calidad de gobernador, envió a Pedro Portocarrero a establecer también una villa; lo que hizo (en las cercanías de Comitán) a principios de 1528 con el nombre de San Cristóbal de los Llanos. Esta villa extendió la autoridad de Pedro de Alvarado sobre indígenas tzeltales y tojolabales.

Poco después, Diego de Mazariegos fundó un cabildo: la Villa Real de Chiapa. Desde la ciudad de México se ratificó la autoridad de la expedición de Mazariegos y se declaró ilegal la colonización de los españoles provenientes de Guatemala bajo el liderazgo de Portocarrero. Antes, Villa Real de Chiapan había sido trasladada a un valle en los Altos de Chiapas, y San Cristóbal de los Llanos fue destruida. Un cambio más en la política de la Nueva España (y la enfermedad de Mazariegos) llevó a Enríquez de Guz-

mán a presidir el gobierno de Chiapas en 1529. Villa Real pasó a llamarse entonces Villa Viciosa de los Llanos de San Cristóbal. Y, en consecuencia, los españoles de Guatemala y de la Villa del Espíritu Santo se replegaron frente a la autoridad de Enríquez de Guzmán —respaldado por la Audiencia de México que presidía su primo, Nuño de Guzmán—. La jurisdicción de Villa Viciosa se extendió así por la región de los Altos y al norte hasta Tila.

Desde México se confirmó la frontera con Guatemala, a pesar de los títulos y derechos con los que Pedro de Alvarado regresó de España en 1530. Pero la corona acabó por otorgar finalmente la provincia de Chiapas (llamada Chiapa) —incluyendo la Selva Lacandona y el Soconusco— a Guatemala. Entre 1539 y 1540 Pedro de Alvarado cedió la jurisdicción de Guatemala sobre toda la provincia de Chiapas a Francisco de Montejo, adelantado de Yucatán y gobernador de Tabasco, a cambio de la provincia de Honduras. Este orden legal duró hasta 1544, cuando Chiapas pasó a pertenecer a la Audiencia de los Confines con sede en Guatemala.

En ejercicio de su autoridad, De Alvarado ordenó varias expediciones para someter a los indígenas que continuaban resistiéndose en la región a la dominación española. Entre 1535 y 1536 Francisco Gil Zapata partió hacia los Zendales, y Baltasar Guerra combatió a los zoques cerca de Tabasco en 1533. La violencia contra los indígenas no se agotó con las primeras batallas. En realidad, los españoles justificaban una guerra constante para someter a los indios, extraerles bienes y productos e incluso esclavizarlos. Cientos de indígenas fueron deportados y condenados a realizar trabajos forzados; muchos otros murieron por epidemias propagadas por los españoles. Otros fueron reclutados como aliados en las guerras contra otros pueblos indios o contra grupos opositos de españoles. En 1542 salió de Ciudad Real una expedición hacia las regiones fronterizas para combatir a indios rebeldes y consolidar el dominio sobre las tierras y la mano de obra de los pueblos en el camino a la Selva Lacandona. Para fines de control se redujo a los indígenas de Chiapas en varias unidades que no necesariamente correspondían a los anteriores señorios (República de Indios).

En Chiapas lo más atractivo era la tierra e, incluso más que ello, los propios indios y el trabajo que podía obtenerse de su explotación. Los conquistadores —con el aval de la corona española— se otorgaron a sí mismos indios bajo el sistema de la encomienda. La creación de cabildos bajo la forma administrativa prevaleciente en España servía también para otorgar legitimidad a la empresa de conquista.

A lo que se opuso la corona desde un principio fue a la constitución de una clase de señores feudales con derechos de vasallaje que pudiesen ser heredados a sus descendientes. Se anticipaba que esto provocaría impulsos independientes de las autoridades imperiales; por ello, muy pocos de los conquistadores originales recibieron títulos de nobleza. En 1542 se promulgaron las Nuevas Leyes de Indias, que ordenaban que las encomiendas en manos de los conquistadores se devolvieran a la corona a la muerte de éstos, para frenar la consolidación de una clase colonial dominante y autónoma. Sin embargo, esta disposición se fue flexibilizando hasta extenderse a tres generaciones las encomiendas, incluso la de los encomenderos originales. Para la corona española la encomienda no debía implicar un dominio permanente sobre las tierras a fin de que no se convirtiera en la base del establecimiento de feudos en América. Aun así, los conquistadores no estuvieron dispuestos a renunciar tan fácilmente a sus derechos adquiridos y en varias partes del continente americano reaccionaron violentamente a estas disposiciones, forzando a la corona a aceptar los límites de la legislación. En lugares como Chiapas la encomienda perduró como sistema hasta la primera mitad del siglo xviii. El poder de los encomenderos decayó rápidamente.

El control sobre los primeros conquistadores se logró por medio de la organización del gobierno. Los funcionarios reales irían gradualmente acumulando poderes en la administración de las colonias. En 1529 se estableció la Audiencia de la Nueva España y en 1535 se designó al primer virrey. La integración de los poderes formales del imperio no le impidió a los encomenderos, sin embargo, conservar el poder que les confería su dominio sobre los indios. En las villas, los españoles elegían a los funcionarios locales

para ocuparse de los asuntos administrativos y el cabildo servía como regulador de algunas de las relaciones con los indios. Para su control, los indígenas fueron agrupados en poblados principales o cabeceras asociadas. La reducción de los indígenas en poblados también convenía a los fines de evangelización de los misioneros y sacerdotes católicos.

Las diferencias entre los religiosos y los conquistadores giraban en torno al dominio sobre los indígenas. La violencia de los encomenderos al atentar contra la integridad física de las comunidades indígenas ponía en riesgo la tarea de evangelización cristiana, por lo que los misioneros —desde la primera colonia en Santo Domingo y durante la conquista de Chiapas— apelaron a la jurisdicción original de la corona en contra del poder ilimitado de los encomenderos. La conversión religiosa de los indios debía tener preeminencia en el Nuevo Mundo y no podía depender, argumentaban los misioneros dominicos como Antonio de Montesinos y, más adelante, fray Bartolomé de las Casas, de la voluntad de los conquistadores. Más aún, en esta lógica se enfatizaban los derechos naturales de los indígenas que debían por lo tanto ser sujetos directos de la corona, sin la intermediación de los encomenderos.

Los dominicos, que habían llegado a México en 1526, recibieron autorización para la evangelización de los pobladores de Chiapas. Además de los dominicos, otras órdenes acabaron estableciéndose en Chiapas a lo largo de los años: los mercedarios —que habían llegado antes—, los franciscanos, los juaninos y las monjas de la Encarnación, llamadas concepcionistas; en 1667 llegaron los jesuitas. Aun así, los dominicos continuaron ejerciendo una hegemonía religiosa sobre la provincia.

Las órdenes mendicantes gozaron en el principio de la Conquista de la buena disposición de la corona por contar con un celo evangelizador particular y haber hecho votos de pobreza. Su capacidad de trabajo y de organización facilitaba el esfuerzo evangelizador. En Chiapas establecieron prioratos en Ciudad Real, Comitán, Copanaguastla, Chiapa, Tecpatán y Ocosingo. Originalmente la Iglesia en Chiapas formó parte del obispado de Tlaxcala; pero apenas unos años después pasó a depender de Guatemala, que obtuvo

su propio obispado. Sólo dos años, de 1536 a 1538, Chiapas fue parte (junto con el Soconusco) de la diócesis de Guatemala; al año siguiente Chiapas alcanzó el mismo rango episcopal.

Fray Bartolomé de las Casas encabezó y ejemplificó la ofensiva religiosa en contra de las formas más brutales de la encomienda. Originalmente encomendero en Cuba, se convirtió en fraile dominico en 1522, dedicó años al estudio de la religión y la teología en varios conventos en España y en 1534 regresó al Nuevo Mundo. Después de varias estancias en la ciudad de México y La Española, en 1537 viajó a Guatemala para iniciar la defensa de los indígenas. Allí obtuvo la autorización legal para la evangelización de los indígenas en la vasta región al norte de la provincia. En 1543 fue propuesto por el rey de España para ocupar la sede episcopal de Chiapas, erigida desde 1539 por el papa Paulo III. En 1544 obtuvo la consagración episcopal en Sevilla y al año siguiente llegó a Ciudad Real para hacerse cargo de la diócesis con sede allí, que incluía además de Chiapas y el Soconusco, Tabasco, la Verapaz y Yucatán. Un número de frailes de la orden de los dominicos lo siguieron a Chiapas.

Los dominicos se convertirían a partir de entonces en unas de las órdenes más influyentes en la provincia. En la zona de los Altos establecieron pueblos en los que concentraban a los indios para labores de evangelización. La labor misionera de los dominicos se concentró en los indios de esta región y en los de la depresión central, incluidas las poblaciones de Chiapa y Copanagua, dejando a un lado temporalmente a los diversos grupos indígenas que habitaban en la Selva Lacandona. Con base en las Nuevas Leyes, los indios reducidos quedaban así bajo la autoridad (y la protección) de la corona a través de la intermediación de los misioneros; en algunos casos, seguían en encomiendas. Las Casas argumentó frente a las autoridades españolas contra las confiscaciones de bienes indígenas y la explotación de la fuerza de trabajo. Según él, la conquista de los indios no les cancelaba sus derechos a sus costumbres y cultura, y su conversión al cristianismo debería realizarse por lo tanto en forma pacífica. Fray Bartolomé de las Casas apoyó la liberación de los esclavos indios, lo que

trajo la animadversión de los encomenderos y vecinos de Ciudad Real, por lo que después de solicitar infructuosamente el apoyo de la Audiencia de Guatemala, tuvo que dejar la villa chiapaneca en 1546, retirarse a México y, finalmente, salir en forma definitiva a Europa.

Desde España, el obispo Las Casas siguió gestionando cédulas reales en favor de la evangelización de Chiapas y Guatemala para su orden. Entre 1548 y 1550 sostuvo una polémica con Juan Ginés de Sepúlveda, que desembocó en un debate público en septiembre de 1550, sobre la naturaleza de los indios y sobre su igualdad racial en relación con los españoles. Los últimos años de su vida los pasó escribiendo. Falleció en 1566 en Madrid. Después de 1546 nunca volvió a América, pero todos esos años su influencia se dejó sentir en varias disposiciones de la corona que se incorporaron a las Leyes de Indias.

La contradicción entre los encomenderos y dominicos no era irremediable, pues ni los más radicales oponentes a la encomienda cuestionaban la conquista y el control de los indios. En consecuencia, los intereses de la Iglesia en Chiapas pudieron conciliarse con los de los españoles en general —como sucedió en prácticamente todas las colonias americanas— en torno a la conversión de los indígenas al cristianismo, su reducción en pueblos de indios y una explotación más o menos regulada, donde sólo los excesos aislados eran motivo de condena y castigo por los misioneros y las autoridades eclesiásticas. A medida que la Iglesia misma extendió su control sobre tierras y otros bienes en Chiapas (y en América en general), sus propios intereses materiales moderaron su oposición a las condiciones sociales de la Colonia.

En el seno de la Iglesia clérigos seculares y miembros individuales de la orden de los dominicos continuaron realizando una labor intensa en defensa de los indígenas. Uno de los más notables fue fray Pedro de Lorenzo, que llegó a Chiapas en 1560 y que, durante los siguientes 20 años, realizó una labor misionera en la provincia de los Zedales, en los linderos de la selva, teniendo a Palenque como centro de actividades e incursionando en la selva para hacer contacto con los indios insumisos de la Lacando-

nia. Como parte de su estrategia evangelizadora, fray Pedro centró a indígenas choles y tzeltales en poblados localizados en las afueras de la Selva Lacandona.

En las cabeceras y pueblos más grandes se establecieron cabeceras de doctrinas y en los demás poblados visitas. Estas visitas formaban parte de un circuito administrado desde el pueblo principal donde residía el sacerdote. De este modo, se organizó el enorme territorio chiapaneco para la difusión de la fe. Los misioneros utilizaron para este propósito las redes de autoridad, política y religiosa, de las propias comunidades indígenas. Los indios fueron concentrados en "repúblicas sociales" como parte de una política consciente y dirigida para integrar a grupos indígenas dentro de un cuerpo relativamente autosuficiente que, a la vez, reglamentaba estrictamente su vida dentro de la fe católica y el trabajo forzado. El grado de conversión de los indios fue muy grande y, sin embargo, esto no significaba una adopción integral o completa del catolicismo por parte de los recién conversos. Las prácticas religiosas tradicionales no desaparecieron del todo.

Del mismo modo, la Conquista tampoco logró erradicar o reducir otros aspectos de la forma de vida que caracterizaba a las comunidades indígenas antes de la llegada de los españoles. La resistencia al control externo no cesaría después de las primeras batallas violentas. Los indios de Chiapas continuaron rebelándose contra el dominio español cuando las condiciones fueron propicias e inevitables. Pero las formas de resistencia no eran solamente violentas; muchos indígenas se sustrajeron de la autoridad colonial con sólo permanecer en territorios alejados y de difícil acceso. El ánimo conquistador provocó, por lo mismo, que se organizaran varias expediciones para lograr extender la jurisdicción española a todos los indios, y el periodo militar de la Conquista se alargó varios años. Hacia fines del siglo xvi, de las tribus que habitaban la Selva Lacandona, los acaloes habían sido prácticamente destruidos, los lacandones sobrevivieron los diversos ataques, y los pochutlas y los topiltepeques se trasladaron a Ocosingo.

Al final del periodo militar de la Conquista la población indígena de Chiapas había sido en general sometida. No sólo las armas y la

organización política española se habían impuesto sobre las comunidades; otros factores (incluso más poderosos) contribuyeron a la desarticulación de la sociedad indígena. Las epidemias borraron pueblos enteros del mapa. En 1565 Zinacantan perdió la mayor parte de su población como consecuencia de enfermedades extrañas.

Todos los ámbitos de la vida se vieron modificados, y aun en el caso en que los indígenas lograron asimilarse y adoptarse a las nuevas formas sociales y culturales, las condiciones de dominación y explotación pesaron fuertemente en su futura evolución. Para el reducido número de españoles que se estableció en Chiapas y el número relativamente pequeño de mestizos, el resto de la población local fue reducido a una misma categoría y condición de indio.

Las diferencias sociales, culturales y políticas que habían caracterizado a la sociedad indígena prehispánica y que todavía implicaban dentro de los pueblos una estructura compleja de autoridad y rangos, se perdió para la mayoría de la población no indígena y, por ende, para la cultura dominante. Sin embargo, los indígenas de Chiapas lograron conservar muchas de sus costumbres y formas culturales, incluyendo sus lenguas autóctonas. Y, en la práctica, una jerarquía interna en los pueblos y comunidades indígenas no desapareció, aunque sufrió transformaciones. Los propios conquistadores y los sacerdotes tenían interés en mantener esta estructura local de poder para, valiéndose de ella, movilizar la mano de obra indígena y lograr que los indios realizaran una serie de actividades en beneficio suyo. La presión que los españoles ejercieron constante y permanentemente sobre las comunidades indígenas para que éstas se integraran al sistema dominante tendría múltiples manifestaciones. El efecto o efectos específicos que durante los siguientes 300 años tendría sobre la población de Chiapas dependió de una historia compleja de explotación, resistencias y adaptaciones que fue en general común a toda la América española, pero con peculiaridades regionales y locales. Chiapas se mantendría como una de las regiones más indígenas —por su composición poblacional y social—. Asimismo, los españoles lograrían ejercer controles tradicionales sobre las comunidades chiapanecas durante más tiempo que en otras partes de la Colonia.

ganaderos o las monterías eran explotados continuamente. Pero, a pesar de ello, el estado había registrado un cambio en este periodo; los sucesos de los siguientes años —durante la Revolución mexicana (1910-1920)— modificarían nuevamente la relación entre la política y los negocios en el estado.

VII. LA REVOLUCIÓN MAPACHE

EL 25 DE MAYO DE 1911 Porfirio Díaz renunció a la presidencia de la República; dos días después, Ramón Rabasa dejó la gubernatura del estado de Chiapas. Su renuncia abrió la puerta para la designación de un gobernador que representara el nuevo equilibrio en el país. Francisco I. Madero, que encabezaba la revolución triunfante, no había hecho campaña en Chiapas que, en realidad estaba al margen de la revolución maderista. Durante los meses previos había habido sólo algunos actos de bandidaje —en nombre de la revolución—, pero no existía un movimiento político o armado organizado que representara a las fuerzas opositoristas que en otros estados se habían levantado contra el régimen.

Por eso mismo, la selección del gobernador interino que debía ocupar la vacante causada por la renuncia de Rabasa enfrentó a las distintas camarillas chiapanecas —en el estado y en la ciudad de México—. La designación de Manuel de Trejo, cercano a Rabasa, como gobernador interino, provocó reacción entre los miembros de la élite de San Cristóbal de las Casas. Se oponían a la continuidad del poder de Tuxtla Gutiérrez y el valle central, por lo que se organizaron como “antirreeleccionistas” y rechazaron al gobernador. Los “antirreeleccionistas” de los Altos, que incluían a los hacendados Manuel Pineda, Jesús Martínez Rojas y Timoteo Flores Ruiz, se organizaron para influir en el gobierno del estado. Pero en contra tenían a algunos de los más prominentes empresarios y terratenientes como Ciro Farrera, Ponciano Buguete y César Cano, que apoyaron al gobernador interino Manuel de Trejo, y se declararon maderistas para garantizar la continuidad. Sin pretensiones sobre el poder estatal, otros aprovecharon la incertidumbre para exigir mayores espacios regionales: en Pichucalco, los hacendados Carlos A. Vidal y César Córdova pidieron la separación del distrito de Chiapas y su incorporación a Tabasco, hacia donde salían las exportaciones de

los productos de la región. Y en el Soconusco ganaderos y finqueros se reorganizaron políticamente también bajo la bandera del maderismo.

En este contexto, el propio Francisco Madero intentó intervenir personalmente en la política chiapaneca. En la ciudad de México logró que la colonia chiapaneca, reunida en asamblea el 18 de junio, propusiera a un amigo suyo, Flavio Guillén, para el cargo de gobernador interino, en sustitución de Manuel de Trejo. Sin embargo, los antecedentes "científicos" de Guillén lo hicieron inaceptable en Chiapas y la legislatura acabó designando en junio 1911 a Reinaldo Gordillo León, ingeniero, ex presidente municipal de Comitán y cercano también a los Rabasa.

El 3 de julio en San Cristóbal los "antirreeleccionistas" se informaron, propusieron a Manuel Pineda como gobernador interino y se declararon en rebelión. En Tuxtla se organizó el batallón "Hijos de Tuxtla" para ir a suprimir el levantamiento, pero la crisis hizo insostenible la posición del gobernador Gordillo León, que renunció el 5 de julio. En su lugar el congreso estatal designó gobernador interino a Policarpo Rueda. Éste intentó una política de conciliación, nombrando incluso a Manuel Pineda jefe político de San Cristóbal y secretario general de Gobierno a Juan Félix Zepeda, otro miembro del clan de esa ciudad. Pero su juego de equilibrios fracasó cuando su principal apoyo, el secretario de Gobernación, Emilio Vázquez Gómez, renunció al gobierno federal. Rueda renunció a su vez el 17 de agosto. En su lugar, el presidente de la República, Francisco León de la Barra, designó gobernador al hacendado de Comitán Manuel Rovel Argüello, otro político cercano a los Rabasa.

Una semana después hubo elecciones para la legislatura estatal. Nuevamente surgió inconformidad en San Cristóbal. Rovel Argüello solicitó el auxilio de 500 soldados federales para mantener el orden, temeroso de que fueran movilizados los indígenas de los Altos. En San Cristóbal, los hombres fuertes de la región, Juan Espinosa Torres y Manuel Pineda, se levantaron en armas en septiembre y, durante aproximadamente un mes, se enfrentaron a las fuerzas federales y locales del gobierno de Tuxtla. Los pobladores de los Altos

fueron movilizados para compensar la desproporción de fuerzas entre los rebeldes y el gobierno. Los indígenas recibieron promesas de concesiones de tierras y de exenciones fiscales. El obispo de San Cristóbal, Francisco Orozco y Jiménez, aprobó la rebelión y un ex sargento federal y cacique tzotzil, Jacinto Pérez, *el Pajarito*, organizó militarmente a varios miles de indígenas. Las fuerzas rebeldes tomaron varios poblados en la región y a fines del mes de septiembre tomaron Chiapa de Corzo. Sin embargo, no lograron atraer el apoyo de la ciudad de Comitán; su presidente municipal, Belisario Domínguez, se mantuvo leal al gobierno.

La petición del gobernador Rovel Argüello fue apoyada por la Cámara de Senadores a instancias del senador Emilio Rabasa, y 300 soldados al mando del general Eduardo Paz fueron despatchados a Chiapas, ocupando Chiapa de Corzo (ubicada entre Tuxtla y San Cristóbal) en una batalla desorganizada donde hubo más de 100 bajas. En los siguientes días la contraofensiva federal recuperó los pueblos ocupados, y los "Hijos de Tuxtla" realizaron en el proceso violentos actos de barbarie contra los indígenas chamulas.

El 12 de octubre de 1911 se iniciaron gestiones políticas para buscar un acuerdo entre las dos ciudades y el gobierno federal propuso incluso un plebiscito para determinar la sede de los poderes en Chiapas, que el gobernador rechazó. En la finca La Comunidad se acordó el 13 de octubre una amnistía general para los rebeldes, quienes a su vez reconocieron la legitimidad del gobierno de Tuxtla, se licenció el batallón "Hijos de Tuxtla" y se disolvieron las fuerzas armadas rebeldes. Sin embargo, Rovel Argüello no logró sobrevivir al conflicto y renunció el 19 de septiembre; en su lugar fue nombrado Querido Moheno y Tabares, que no ocupó el cargo, por lo que Rovel Argüello tuvo que encargarse de organizar las elecciones de noviembre para gobernador constitucional.

En las elecciones se enfrentaron, por parte de San Cristóbal, José A. Rivera Gordillo, y por parte de Tuxtla, Reinaldo Gordillo León. La contienda provocó protestas e impugnaciones, pero finalmente favoreció a Gordillo León del Club Liberal Chiapaneco. Manuel Rovel Argüello fue sustituido por Marco Aurelio Solís, otro político

cercano a los Rabasa, que el 16 de diciembre le entregó el poder constitucional a Reinaldo Gordillo León asegurando la continuidad del grupo político de Tuxtla. Unos días después de haber tomado posesión, Gordillo León fue designado por el presidente de la República Francisco Madero (que tomó posesión el 1º de noviembre) como embajador en Guatemala y sustituido por Flavio Guillén, el candidato original de Madero.

Como gobernador, Flavio Guillén Ancheyta buscó mantener el orden maderista en Chiapas, intentando conservar el equilibrio entre las principales fuerzas regionales. A pesar de los acuerdos de La Comunidad, en los alrededores de Ocosingo estalló nuevamente una rebelión que incluía a Juan Espinosa Torres. El 18 de abril de 1912 el gobernador obtuvo del congreso estatal facultades para reclutar una tropa regular a fin de combatir a los rebeldes. En la propia capital de Tuxtla hubo un conato de insurrección entre soldados del 12º batallón federal acuartelado en la ciudad. Para conciliar los intereses de los Altos, el gobernador Guillén tuvo un acercamiento con el obispo Francisco Orozco y Jiménez, revocó la Ley de Ejidos, que regulaba la distribución de tierras comunales, abolió el impuesto de capitación, que gravaba especialmente a los indígenas, y expidió una ley para normar el trabajo por deudas. En las elecciones de 1912 se eligieron senadores y diputados a una legislatura federal que a la postre resultaría crítica para la estabilidad del régimen de Madero. Por Chiapas fueron electos senadores José Castellet y Leopoldo Gout, y como senador suplente el ex presidente municipal de Comitán, Belisario Domínguez.

La política nacional se descompuso rápidamente. La creciente desconfianza que distanciaba al presidente Madero y a los jefes campesinos de Morelos había terminado en un rompimiento definitivo pocos meses atrás. Convocando a la revolución social a fines de noviembre de 1911, Emiliano Zapata y sus seguidores firmaron el Plan de Ayala después de que el ejército federal abriera fuego en contra de ellos. Desde sus campamentos temporales en las montañas de Puebla se declararon en rebelión contra Madero y el ejército federal. En diciembre, por otra parte, Bernardo Reyes regresó de su exilio para intentar infructuosamente iniciar una rebelión en con-

tra del gobierno. Unos meses después Pascual Orozco, el héroe de la batalla de Ciudad Juárez que había sido reducido a simple jefe de una milicia estatal, se levantó en armas desafiando al gobierno hasta fines del mes de mayo de 1912 cuando fue derrotado por el general Victoriano Huerta. En octubre el gobierno de Madero frustró un golpe militar encabezado por Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, que logró ocupar brevemente el puerto de Veracruz. Detenido, Félix Díaz fue enviado a prisión.

Sin embargo, era claro que el régimen maderista se tambaleaba. A principios de 1913 se preparaba un nuevo golpe militar en contra del gobierno. En esta ocasión la oposición unió fuerzas y el ejército se pronunció en contra y atacó el Palacio Nacional; rechazados los rebeldes se retiraron a La Ciudadela. En un principio, el general Victoriano Huerta permaneció leal al gobierno al mando de las tropas que sitiaban La Ciudadela. Pero esto cambió pronto. Entabló contacto con Félix Díaz, el líder formal de la rebelión, y a 10 días de iniciado el levantamiento Huerta dio el golpe definitivo; arrestó a Madero (que poco tiempo después fue asesinado al igual que su hermano Gustavo), y en la embajada de los Estados Unidos obtuvo la presidencia provisional para sí mismo. En Chiapas el gobernador Flavio Guillén pidió licencia.

En su lugar, el congreso estatal trajo a Reinaldo Gordillo León de su puesto de embajador en Guatemala. Gordillo era un político suficientemente cercano a la política del estado, pero alejado a la vez del régimen de Madero. La función del gobernador, al haber sido restablecido en su cargo, era conservar la continuidad de la política en Chiapas y evitar la intervención del centro. Para ello, profesó lealtad al gobierno de Victoriano Huerta e inició gestiones en la ciudad de México, a través del influente científico Emilio Rabasa, para que Huerta no designara a un gobernador militar en Chiapas.

Pero Gordillo intentó actuar junto con el partido de los científicos y los ex porfiristas. Durante los siguientes meses apoyó la candidatura a la presidencia de Félix Díaz y a la vicepresidencia de Francisco León de la Barra (mientras tanto, Ramón Rabasa ocupó la presidencia municipal de Tuxtla). Fue Victoriano Huerta, sin embargo, quien surgió como el hombre fuerte de la contrarrevolución;

tomó medidas para fortalecer su control, marginó a Félix Díaz de la política nacional y militarizó el país.

En Chiapas, Huerta designó al general Bernardo A. Z. Palafox Nosti como gobernador en julio. Externo al estado, veracruzano de origen, el general Palafox mantuvo el orden entre las distintas facciones. Pero los actos de violencia esporádica no cesaron. Rebeldes y bandidos actuaban principalmente en el norte, y de manera aislada en otras regiones del estado; pero no existía una fuerza política organizada suficientemente fuerte como para amenazar al gobierno militar estatal.

Desde sus inicios el gobierno de Huerta enfrentó varios retos, internos y externos. Al carecer del reconocimiento de Washington, sus enemigos, grandes y pequeños, tenían motivos para hacer arreglos fuera de las instituciones, desconocer su autoridad y desafiar al régimen. En el Congreso se animó el descontento de algunos diputados y senadores. Pero en el norte del país surgió una oposición mucho más formidable. El gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza (hacendado, político porfirista y después maderista), desconoció al régimen, emitió el 26 de marzo el Plan de Guadalupe, que lo declaraba Primer Jefe, y convocó a las milicias estatales a hacer una revolución para restablecer la vigencia de la Constitución de 1857. En octubre, el senador chiapaneco Belisario Domínguez (electo sustituto y que remplazara al senador propietario por Chiapas, Leopoldo Gout) impugnó al régimen de Huerta y lo acusó de "traidor y asesino". La reacción del régimen fue brutal y definitiva: al poco tiempo el senador Domínguez desapareció, secuestrado por agentes huertistas, quienes lo asesinaron. La Cámara de Diputados solicitó información a la Secretaría de Gobernación y, ante la falta de respuesta satisfactoria, se declaró en sesión permanente. El 10 de octubre Huerta disolvió el Congreso, se hizo elegir presidente dos semanas después y ordenó un reclutamiento adicional de soldados en todos los territorios bajo su control, incluido Chiapas.

A principios de 1914 Venustiano Carranza ordenó a sus generales iniciar una ofensiva constitucionalista. Las columnas de Pablo González avanzaron hacia Tampico y Monterrey; Álvaro Obregón, que

había recibido órdenes de atacar a los federales en Sonora, Sinaloa, Jalisco, Aguascalientes, Colima y Nayarit, comenzó su marcha a lo largo de la costa occidental, y, en el norte, Pancho Villa se lanzó sobre Torreón, que ocupó a mediados de abril. En Pichucalco, Carlos A. Vidal y su hermano Luis, hacendados de la región, se unieron a las fuerzas constitucionalistas que realizaban operaciones armadas en el norte del estado y la frontera con Tabasco. ComPLICANDO el balance militar, el 21 de abril la guarnición federal en Veracruz fue atacada por una flotilla de buques de la armada de los Estados Unidos.

El 15 de julio Victoriano Huerta, sin posibilidades de salvar su régimen por medio de las armas, renunció a la presidencia. El 13 de agosto el general Palafox dejó la gubernatura de Chiapas y terminó el régimen militar, se restableció el orden tradicional ya que los revolucionarios (carrancistas, villistas y zapatistas) no tenían en realidad presencia organizada en el estado: Chiapas había permanecido ajeno a la revolución constitucionalista. El congreso estatal designó gobernador interino a José Cano, de origen tuxtleco, y cercano al grupo de Emilio Rabasa.

Fuera de Chiapas, sin embargo, las pretensiones del Primer Jefe tenían bases demasiado endebles. Los villistas, que guardaban un profundo recelo hacia Carranza y su pretendida legitimidad para gobernar, esperaban dominar (con el apoyo de los zapatistas) la convención revolucionaria que estaba por reunirse. En cuanto se reunió en Aguascalientes, la convención excluyó a los civiles, invitó a los zapatistas y aceptó la protección de las fuerzas villistas. A finales del mes, erigida como gobierno *de facto*, desconoció a Carranza y en su lugar eligió al general Eulalio Gutiérrez como presidente provisional. Las tropas villistas ocuparon Aguascalientes, mientras los carrancistas abandonaban a principios de noviembre la ciudad de México con destino a Orizaba, donde Carranza estableció su cuartel general alegando ser depositario del Poder Ejecutivo.

Divididos los bandos revolucionarios, el Primer Jefe designó a comandantes militares en varios estados "neutrales", y para proteger su flanco en el sur designó al general Jesús Agustín Castro, nativo de Lerdo, Durango, y cercano a su hermano Jesús Carranza (encargado

de las operaciones en el sudoeste), como gobernador de Chiapas. Para cumplir con la misión, Castro entró el 14 de septiembre a Tuxtla Gutiérrez con 1 200 hombres. Los cargos públicos estatales y municipales pasaron a manos de militares constitucionalistas. Chiapas, que había permanecido relativamente aislado hasta entonces, fue subitamente invadido por fuerzas extrañas a las camarillas políticas del estado. Los acomodos y equilibrios tendrían que resolverse en torno a un gobierno de ocupación.

Para mostrar su nueva disposición con la élite chiapaneca, el gobernador decretó el 7 de octubre, aniversario del asesinato de Belisario Domínguez, día de luto en el estado. Pero inmediatamente después pasó a diseñar un orden político nuevo (y liberal): se prohibió el uso de hábitos sacerdotales en público, se cerraron los conventos, se redujo el número de misas y se incautaron los bienes del obispo conservador Francisco Orozco y Jiménez. El gobierno promulgó la Ley de Obreros (o Ley de Liberación de Mozos) para abolir la servidumbre por deudas, se declararon ilegales las tiendas de raya, se prohibió el agio, se autorizó el divorcio, y se establecieron salarios mínimos regionales.

A finales del año el Primer Jefe reorganizó sus ejércitos y lanzó una ofensiva contra los villistas y zapatistas encabezada por Alvaro Obregón, su mejor general, quien el 5 de enero de 1915 tomó fácilmente la ciudad de Puebla. Al día siguiente Carranza expidió una ley agraria para competir con el Plan de Ayala, disponiendo que se devolverían las tierras a los pueblos campesinos que contarán con los títulos de propiedad; los jefes carrancistas tenían autorización para llevar a cabo repartos con carácter provisional, pues la encargada de administrar la reforma agraria sería una comisión del gobierno debidamente constituida. La revolución en el campo sería legal y bien administrada.

Jesús Agustín Castro trasladó estas medidas a Chiapas. El 16 de enero se abolió el cargo de jefe político, y en abril se creó la Comisión Local Agraria para conocer de reclamos agrarios y analizar posibles dotaciones de tierras a pueblos que pudieran acreditar su propiedad originaria. Formalmente, las medidas económicas implicaban la destrucción del orden en el que se sustentaba la explota-

ción de los campesinos y peones chiapanecos. Las comunidades indígenas obtuvieron instrumentos legales de defensa y litigio. Pero en la práctica no habría una reforma agraria, y las condiciones laborales en las haciendas y ranchos no cambiaron sustancialmente.

Sin embargo, para los hacendados y rancheros de Chiapas la intromisión de un gobierno externo al estado y con un discurso y un programa paulatinamente más radical, representaba una amenaza al orden tradicional. En diciembre de 1914 un grupo de alrededor de 40 finqueros se había levantado en armas en contra de las fuerzas constitucionalistas y en defensa de sus intereses conservadores. Tiburcio Fernández Ruiz encabezó el movimiento.

Los dueños de las plantaciones cafetaleras del Soconusco se mantuvieron al margen del levantamiento, prefiriendo negociar con el ejército constitucionalista las exportaciones de café. Los hacendados de los Altos no estaban dispuestos a volver a movilizar a los indígenas ante el temor de crear expectativas de reformas sociales (que los constitucionalistas mismos difundían), por lo que la mayoría también evitó comprometerse. Los terratenientes del valle central estaban bajo la vigilancia y el control del ejército constitucionalista y el gobernador Castro, ubicado en Tuxtla Gutiérrez. Pero los finqueros de las tierras bajas contaban con mayor margen de libertad y capacidad para organizar grupos móviles armados de jornaleros, peones y trabajadores.

La base geográfica de operación de los rebeldes era la región sur de la Sierra Madre, en las inmediaciones de Chiapa de Corzo y Comitán, en las zonas de La Frailesca y la Sierra, en la frontera con Guatemala y a lo largo de la costa hasta Tonala, donde había fincas de menor tamaño administradas en muchos casos personalmente por los propietarios. Éste sería el eje de la "revolución mapache": las fuerzas rebeldes operarían en forma de guerrilla actuando de noche, aprovisionándose de maíz en los pequeños poblados y en las milpas para evitar enfrentamientos directos con los contingentes constitucionalistas, mejor armados y adiestrados. Familias de finqueros y hacendados, como Fausto Ruiz (en La Frailesca y el valle de Cintalapa), Agustín Castillo Corzo (entre Tuxtla y el Soconusco), Tirso Castañón (en Comitán) y Alberto Pineda (en los

Altos) organizaron grupos armados que para 1917 sumaban más de 2000 hombres. Las primeras operaciones de los mapaches incluían ataques aislados a destacamentos militares y el asalto a pequeñas poblaciones y al Ferrocarril Panamericano. La cercanía de Guatemala permitió el suministro de armas y la sierra un lugar de refugio contra las tropas carrancistas mejor armadas.

El general Castro inició la ofensiva contra los rebeldes a principios de 1915. Mandó al coronel Tomás M. Chapa a Comitán; al general Blas Corral Martínez a la zona de Villaflores y La Concordia; al mayor Luis Espinosa López a los valles de Cintalapa y Jiquipilas, y al general Macario M. Hernández a Huixtla y el Soconusco. La ofensiva fue un éxito pues los rebeldes no pudieron mantener el control de ninguna población importante. Para fines de la primavera de 1915 los rebeldes habían sido dispersados y el orden en el estado restablecido. El 3 de junio, en recompensa, el Primer Jefe del ejército constitucionalista, Venustiano Carranza, elevó al rango de división al contingente destacado en Chiapas y Jesús Agustín Castro pasó a ser general de división.

El 3 de junio el gobierno de Oaxaca se declaró independiente. El general Castro fue enviado el 5 de junio a ese estado con dos terceras partes de sus tropas para reprimir la rebelión; en su lugar, como gobernador militar de Chiapas, quedó el general Blas Corral al frente de una brigada. Bajo las órdenes de Corral continuó la ofensiva contra los mapaches: en San Bartolomé, Villa Flores y en las cercanías de Pichucalco. Los rebeldes, sin embargo, actuando en pequeños contingentes, emboscaban a las tropas constitucionalistas para luego dispersarse o retirarse a lugares seguros en el campo y las montañas.

A principios de 1916, con el apoyo económico y material del ex gobernador Flavio Guillén, el agente de Pancho Villa en Guatemala, Virgilio Culebro (originario de Tuxtla, ex oficial que había servido bajo las órdenes de Pascual Orozco en Chihuahua), intentó infructuosamente asumir, bajo la bandera del "villismo", el mando de las fuerzas anticarrancistas. Sin embargo, la unión de Tiburcio Fernández Ruiz, quien asumió el cargo de general de la Brigada Libre de Chiapas, y de Tirso Castañón, nativo de Comitán, que fue designado jefe civil de

la rebelión, no le dejó mucho espacio; Culebro quedó marginado. Reorganizadas de este modo, las fuerzas mapaches tomaron Comitán el 15 de abril. No pudieron resistir la contraofensiva constitucionalista y se retiraron 24 horas después. Pero unos meses más tarde abrieron un flanco importante cuando se sumó a la rebelión la familia Pineda de San Cristóbal. El hijo de Manuel Pineda, Alberto, fue nombrado coronel y comenzó a operar en Chilón, Simojovel, Palenque y las inmediaciones de San Cristóbal de las Casas.

El gobierno constitucionalista respondió con una reorganización de los mandos políticos y militares del estado. Venustiano Carranza designó a Pablo Villanueva gobernador interino, y Blas Corral pasó a ocuparse de las operaciones militares. Al nuevo gobierno se incorporaron representantes de la clase propietaria chiapaneca, incluido Humberto Consuelo Ruiz, hermano del jefe rebelde Tiburcio Ruiz Fernández, y un miembro del clan de los Rabasa, Rafael Macal, nombrado tesorero general del estado. El gobierno buscó ser más representativo, pero no logró conciliar a los rebeldes y la revolución mapache siguió adelante. (El nuevo gobierno no duraría mucho y a principios de 1917 Humberto Consuelo Ruiz renunciaría a su cargo.)

A lo largo de los próximos años, de hecho, los mapaches fueron consolidando su hegemonía política y militar entre todos los grupos anticarrancistas. En noviembre de 1916 ingresó al estado Félix Díaz con los restos de un contingente de 3000 hombres que se había levantado en armas contra Carranza. Con unas cuantas decenas de ellos trató de unirse a los rebeldes, pero en Pueblo Nuevo sus fuerzas fueron devastadas y la alianza no se llegó a concretar. En Mezcalapa, Rafael Cal y Mayor, un finquero del departamento de Tuxtla y ex compañero de Tiburcio Fernández Ruiz en la escuela de leyes, realizó acciones aisladas bajo las órdenes de Emiliano Zapata. Llevó a cabo algunos repartos de tierra en la región fronteriza con Veracruz, pero su adhesión al Plan de Ayala lo distanciaba del programa de los mapaches —finqueros y hacendados que no consentían una reforma agraria en el estado—. El gobierno carrancista en Chiapas no pretendía llevar adelante tampoco una distribución de tierras. Entre 1915 y 1920 apenas se concedieron 17000

hectáreas a las comunidades campesinas en el estado. Los delegados chiapanecos al Congreso Constituyente de Querétaro (1916-1917) no tenían la intención de hacer una revolución, mucho menos de repartir sus propiedades y extender derechos a los indígenas.

Los intentos de los mapaches de tomar ciudades más grandes como Comitán o Pichucalco, Chiapa de Corzo, o incluso San Cristóbal de las Casas, fracasaron frente a fuerzas constitucionales más numerosas y mejor armadas. Pero los combates y la violencia continuaron. En los primeros meses de 1917 hubo choques en los alrededores de Villaflores y Arriaga; se extendieron las operaciones por los municipios de Chiapa, La Libertad y Tuxtla. La propia capital fue atacada el 5 de junio; los mapaches ocuparon parte de la ciudad, pero fueron rechazados en el cuartel general y el palacio de gobierno defendidos por las tropas constitucionales. El 29 de julio los rebeldes volvieron a atacar Tuxtla; esta vez bajo el mando del propio Tiburcio Fernández Ruiz. El jefe militar de los mapaches comandaba una fuerza de más de 1600 hombres, pero tampoco tuvo éxito en este ataque.

Tiburcio Fernández Ruiz decidió entonces rehacer sus alianzas. El 15 de enero de 1918 ascendió a Alberto Pineda al grado de general brigadier, estrechando la relación entre los finqueros de las tierras bajas y los hacendados de San Cristóbal. Fernández Ruiz se dislocó, en cambio, del otro líder principal de los mapaches, Tirso Castañón. (En marzo de 1919 Castañón sería desconocido por los líderes mapaches como gobernador provisional y jefe militar.)

En marzo de 1918 el presidente Venustiano Carranza reconoció las dificultades que había en Chiapas para mantener el orden, y envió a uno de sus generales de división, Salvador Alvarado, al frente de 4000 hombres. Alvarado desató una ofensiva general y concentró a la población de los territorios simpatizantes de los rebeldes en poblados aislados. Sus fuerzas atacaron a Alberto Pineda en el norte y en el sur a Tiburcio Fernández Ruiz. Se extendió la destrucción del campo chiapaneco y se elevó el nivel de violencia en el estado. La ofensiva tuvo un éxito parcial; los rebeldes se retiraron de los poblados y Salvador Alvarado regresó a México en octubre. Pero la revolución mapache no había sido derrotada, aunque

sí contenida temporalmente. Los siguientes meses tuvieron poca actividad militar. Apenas en Ocosingo y Chilón y en las inmediaciones de Comitán se registraron enfrentamientos esporádicos en ese periodo.

Las elecciones municipales de noviembre de 1919 sirvieron en Chiapas como ensayo de las próximas elecciones para gobernador en mayo del siguiente año y para presidente de la República en julio de 1920. Los políticos revolucionarios se reagruparon para la contienda electoral. Por un lado estaba el ex gobernador Pablo Villanueva con el apoyo de políticos de Tuxtla, incluidos los Rabasa, y, por el otro, el general revolucionario Carlos A. Vidal, apoyado por algunas de las principales familias de San Cristóbal.

La política en Chiapas, sin embargo, no podía contenerse ya dentro del eje tradicional de Tuxtla y San Cristóbal. La rebelión mapache había polarizado el estado y constituido un grupo fuerte en torno al general Tiburcio Fernández Ruiz, que representaba dentro de Chiapas la fuerza mejor organizada al margen de los constitucionalistas.

La fortuna de los políticos con aspiraciones en Chiapas dependía, sin embargo, de la política nacional y, en realidad, del destino de los carrancistas y sus rivales —Álvaro Obregón principalmente—.

A principios de 1920 Carranza actuó para resolver la contienda presidencial a su favor, al decidirse por Ignacio Bonillas como su candidato oficial. Político profesional y sonorense, Bonillas no contaba con más apoyo que el aparato estatal, con la ventaja de que su candidatura podría atraer a las organizaciones civiles independientes del ejército. Carranza, además, desató una ofensiva contra Obregón. Designó al general Manuel M. Diéguez jefe de operaciones del Pacífico, con autoridad sobre las tropas federales en Sonora, Sinaloa y Baja California. Las secretarías de Agricultura y Fomento, y de Hacienda, hicieron valer resoluciones en contra del gobierno del estado de Sonora, y fuerzas navales anclaron en el puerto de Guaymas. Finalmente, un juez militar requirió a Obregón para que testificara en la ciudad de México, donde se le mantuvo bajo estrecha vigilancia.

Desde Guadalajara el general Diéguez debía mandar una columna que avanzara hacia Hermosillo con la misión oficial de combatir a los indios yaquis y el propósito de doblegar a los sonorenses aliados de Obregón. Pero éstos se aprestaron a defender la "soberanía" del estado; Plutarco Elías Calles se hizo cargo de las fuerzas militares y el gobernador Adolfo de la Huerta, después de haber recibido poderes extraordinarios de hacienda y guerra de parte de la legislatura estatal, se puso al frente del movimiento rebelde. El 23 de abril el Plan de Agua Prieta declaró a De la Huerta jefe supremo del ejército liberal constitucionalista y desconoció a las autoridades del gobierno federal y de los gobiernos estatales leales al presidente Carranza. Al plan se unieron varios gobernadores. En cuestión de días el régimen carrancista se desmoronó y el presidente descubrió que sólo contaba con la lealtad de unos cuantos generales divisionarios. La revolución de Agua Prieta formalizó su triunfo cuando el Congreso votó abrumadoramente para hacer a Adolfo de la Huerta presidente por el periodo provisional del 1º de junio al 30 de noviembre.

Las divisiones entre los jefes revolucionarios por la sucesión presidencial entre carrancistas y obregonistas favoreció a los rebeldes en Chiapas. Tiburcio Fernández Ruiz se declaró en favor del Plan de Agua Prieta y puso sus tropas del lado de Álvaro Obregón y, naturalmente, en contra de Venustiano Carranza —ahora a la defensiva en todo el país—. Ante la nueva relación de fuerzas, el 24 de febrero de 1920 el gobierno estatal firmó una tregua con Fernández Ruiz. En mayo la guarnición de Chiapa se sumó a la rebelión; también lo hicieron Carlos A. Vidal, candidato a la gubernatura y, poco después, la mayor parte del ejército. Tiburcio Fernández Ruiz quedó como el hombre fuerte del estado. A fines del mes Fernández Ruiz entró a Tuxtla. Sólo Alberto Pineda se negó a suscribir el Plan de Agua Prieta y en el verano de 1920 ocupó San Cristóbal, pero el ejército federal lo forzó a dejar la plaza en septiembre y, entonces, negoció un acuerdo: Pineda obtuvo a cambio el grado de general del ejército.

En la ciudad de México, el presidente interino, Adolfo de la Huerta, designó gobernador interino a un jefe mapache, Francisco Ruiz;

a Tiburcio Fernández Ruiz lo designó jefe de operaciones militares en el estado con el rango de general de división del ejército federal. En noviembre Tiburcio Fernández Ruiz fue electo gobernador de Chiapas, con lo que la revolución mapache triunfó.

Los créditos y apoyos materiales, así como las solicitudes para el otorgamiento de un ejido, debían ser tramitadas por instancias oficiales. Incluso las asociaciones gremiales de los finqueros y los ganaderos formalizaron su vínculo con las instituciones.

Las nuevas organizaciones de la política fueron exitosas entre 1940 y 1970 para mantener el orden y promover el desarrollo de Chiapas. Las presiones sociales provocadas por la desigual distribución de las inversiones públicas y la alta concentración de la tierra fueron resueltas por medio de la represión selectiva y una política paternalista en favor de los ejidos y los indígenas. En los cincuenta el Instituto Nacional Indigenista (INI) llevó a Chiapas políticas de desarrollo económico buscando atender el "problema indígena". El INI estableció en 1951 un Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil para la zona de los Altos, desde donde crearía un cuerpo de maestros y promotores indígenas que adquirirían una influencia notable en los próximos años dentro de sus comunidades.

La falta de una política económica equilibrada fue suplida parcialmente por las actividades de instituciones del gobierno, como la Comisión Nacional del Café, que desde principios de los cincuenta (y el Instituto Mexicano del Café, que la replazó 10 años después) intentó regular el mercado a fin de establecer condiciones mínimas para los campesinos. Pero más que el gobierno, fueron las propias condiciones del mercado —y la geografía— del estado lo que permitió temporalmente que los campesinos e indígenas (severamente concentrados en las comunidades de los Altos) pudieran encontrar una forma alternativa o complementaria en el trabajo cíclico en las plantaciones de café o en la emigración permanente hacia la Selva Lacandona. Las presiones demográficas tuvieron así un cauce natural por un tiempo, permitiendo que durante más de medio siglo el orden institucional en Chiapas se mantuviera, a pesar de los niveles extremos de pobreza que prevalecían en el estado.

EPÍLOGO: UN LUGAR EN EL MAPA

DESDE HACE TIEMPO, LAS RIQUEZAS NATURALES de Chiapas han atraído inversiones públicas y privadas para la explotación de sus bosques, aguas y subsuelo. Las maderas —pino, ciprés, liquidámbar, encino, macules, amate, cedro y caoba— son de los bienes más atractivos en el estado para las empresas comerciales. En 1995, por ejemplo, se comercializaron 525 607 toneladas de coníferas y actualmente la industria de la madera y el papel tiene la mayor participación relativa (dentro de las diversas industrias manufactureras del estado) en la industria nacional. Compañías transnacionales como Simpson, International Paper y Lousiana Pacific se han interesado, en el marco del Tratado de Libre Comercio, en invertir en la producción de papel; y la empresa regional Pulsar, que tiene inversiones en los bosques de Ocosingo, ha manifestado su deseo de expandir sus negocios en el estado.

Otras fuentes naturales de riqueza en Chiapas son explotadas por empresas paraestatales dependientes del gobierno federal. Petróleos Mexicanos explota los yacimientos petrolíferos que se encuentran en el estado y que, por norma constitucional, pertenecen a la nación. El estado contribuye con alrededor de 6.5% de la producción petrolera nacional y proporciona cerca de una cuarta parte del gas natural que se produce en el país. La electricidad generada en Chiapas por la Comisión Federal de Electricidad en las centrales hidroeléctricas de Malpaso, La Angostura Chicoasén y Peñitas representa casi la mitad de la energía hidroeléctrica producida en México y 8% del total de la energía eléctrica. En 1993 se produjeron 11 831.74 gigawatts por hora, que sirven para electrificar la mayor parte del valle de México. En 1990, sin embargo, 15% de las viviendas no tenía cocina y una tercera parte no tenía energía eléctrica.

La riqueza que se produce en Chiapas está particularmente ma-

distribuida entre los habitantes del estado. De acuerdo con los parámetros oficiales se trata de la entidad con mayor grado de "marginación". Más de una tercera parte de los municipios del estado están clasificados como de marginación "muy alta"; más de la mitad de los habitantes del estado que trabajan reciben menos de un salario mínimo, y las condiciones sociales que caracterizan a la mayoría de la población colocan a Chiapas como el estado más pobre de la República. Dentro de la entidad, las zonas donde tradicionalmente ha existido (o existe) una mayor concentración de pueblos indígenas, la pobreza es aún más extrema. En la zona de los Altos y en la Selva —hacia donde migraron durante las anteriores décadas decenas de miles de indígenas, campesinos, jornaleros y sus familias— más de la mitad de la población no alcanza los niveles mínimos de nutrición, ni el salario mínimo, ni una educación formal. Las comunicaciones en el estado son relativamente deficientes e insuficientes. En 1994 apenas había unos 16 000 kilómetros de carreteras, y sólo 20% de ellas estaba pavimentada. Muchas comunidades no cuentan con luz eléctrica o drenaje. En promedio, más personas habitan una vivienda que a nivel nacional.

La población del estado en 1990 (XI Censo General de Población y Vivienda, INEGI, 1990) era de 3.2 millones de habitantes, y entre 1970 y esa fecha la población aumentó a una tasa de 3.64% (comparada con la de 2.64% que registró el país en su conjunto).

Chiapas es un estado predominantemente agrícola; de hecho, sólo en Oaxaca un porcentaje mayor de su población económicamente activa está dedicada a la agricultura. Alrededor de 58% de la población trabajadora de Chiapas se gana la vida en labores del campo. La inmensa mayoría de las tierras (más de 95%) son de temporal; menos de 5% de los campos cultivados tiene acceso a irrigación artificial. Dos terceras partes de las tierras de todo el estado están dedicadas al cultivo de maíz, mientras que las tierras de riego se dedican principalmente a la producción de frijol, melón, plátano, mango y caña de azúcar, además de maíz. Estas propiedades se encuentran concentradas en unos cuantos distritos, como Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal de las Casas, Tapachula, Comitán y Villaflores.

En algunas regiones del estado donde la tierra se dedica a la producción de bienes comerciales o a la cría de ganado, la concentración de la propiedad es más marcada. La reforma agraria comenzó tarde en Chiapas, y a pesar de que se intensificó entre 1950 y 1970 —cuando la propiedad social en Chiapas creció por encima de la media nacional—, de la superficie censada en 1990 43.42% correspondía a pequeñas propiedades mayores a cinco hectáreas. A principios de la década de los noventa la proporción se redujo a 37.5%, aunque es notable la disparidad existente entre el tamaño promedio de la pequeña propiedad en los distintos municipios, ya que mientras el promedio estatal es de 30 hectáreas, en algunos casos alcanza valores por encima de las 50 hectáreas. También existen municipios en donde la pequeña propiedad mayor a cinco hectáreas es predominante; entre ellos destacan Palenque (53.3%), Pichucalco (92.3%), Reforma (81.3%), Sitalá (64.7%), Sunuapa (93.2%), Tapachula (66.34%), Tonala (52.8%), Villa Corzo (53.2%) y Yajalon (60.9%). La mitad de las tierras de estado (unas tres millones de hectáreas) mantiene a unos 200 000 ejidatarios y pequeños propietarios y a sus familias, que cuentan con parcelas de menos de siete hectáreas en promedio. Pero la desigualdades en la propiedad de la tierra son aún más aguda que lo que estas cifras muestran. La sobrepoblación de los ejidos volvió durante las últimas décadas insostenible la vida en muchas comunidades, de donde tuvieron que emigrar un número muy alto de campesinos y jornaleros.

La desigualdad en el ingreso es muy marcada. Sin embargo, la pobreza tan extendida en el estado no ha significado estancamiento económico o, mucho menos, falta de actividad productiva en la historia contemporánea del estado. De hecho, entre 1950 y principios de la década de los setenta Chiapas se desarrolló significativamente. El gobierno invirtió en infraestructura energética. Más aún, los sectores comerciales tradicionales crecieron: la producción de los principales cultivos y materias primas se expandió; extensión de tierras bajo cultivo se triplicó; los ranchos ganaderos se consolidaron como una de las principales actividades productivas y el ganado en el estado se multiplicó cinco veces. Sin embargo,

go, esto trajo como consecuencia también que las tierras que podían haberse dedicado al cultivo —comercial o de autoconsumo— fueran convertidas en pastizales.

La mala distribución en la tenencia de la tierra y en el ingreso, junto con un crecimiento demográfico muy alto en este periodo, crearon condiciones que volvieron inviable la manutención de miles de familias campesinas. El gobierno respondió con una etapa más de la reforma en el campo, repartiendo alrededor de 50% de las tierras cultivadas a los ejidos y duplicando el número de ejidatarios en el estado. Pero no fue suficiente. El gobierno también invirtió recursos extraordinarios en programas sociales que buscaban aminorar los niveles de miseria, evitar conflictos agrarios y fomentar el desarrollo del estado. Pero no logró reducir la pobreza.

Comenzó entonces una emigración masiva de los Altos a las Cañadas en la Selva Lacandona. Las alternativas tradicionales a las que los indígenas de las comunidades de los Altos recurrían históricamente para complementar el ingreso de sus familias, esto es, el trabajo temporal en las plantaciones cafetaleras y en los ranchos ganaderos, no logró satisfacer ya la demanda de empleo. Las obras de infraestructura que se construyeron en esos años sólo ofrecieron trabajo a un número limitado de obreros; muchos de ellos provenientes de otros estados de la República. Empezó entonces un proceso de colonización de la Selva. Una parte importante de los bosques fueron destruidos para abrir terrenos al cultivo o para la alimentación del ganado. A muchas de las nuevas comunidades el gobierno les concedió ejidos, formalizando con ello la tenencia de los terrenos colonizados. Pero en 1972 la mitad de la Selva Lacandona fue otorgada a los lacandones, 66 jefes de familia fueron declarados dueños de más de 600 000 hectáreas, apenas unos cientos en comparación con varias decenas de miles de indígenas tzeltales, tzotziles y choles recién llegados a la región. Para efectos legales, esta disposición le impuso una frontera territorial a la migración. Años después los terrenos abiertos a los colonos fueron reducidos nuevamente por varios decretos presidenciales.

En la década de los ochenta el desarrollo equilibrado (y la paz

social) requirieron de medidas extraordinarias. Las tensiones sobre la tenencia de la tierra derivaron en diversas formas de violencia; el número de invasiones a los terrenos de las comunidades y a las propiedades particulares se había disparado en los últimos años. A través de programas públicos federales se invirtieron millones de dólares provenientes de ayuda externa; se compraron tierras para repartir entre los indígenas y se instrumentaron políticas de "combate" a la pobreza extrema. Dentro de los programas de asistencia social, Chiapas se convirtió en la prioridad nacional Y, de esta manera, el gobierno federal se responsabilizó del desarrollo del estado.

Sin embargo, los beneficios de los programas gubernamentales no llegaron a todas las comunidades campesinas; ni los que llegaron se distribuyeron siempre de manera equitativa. La política intervino en este proceso... y lo distorsionó. Las organizaciones oficiales intentaron concentrar los recursos para el desarrollo social pero desde los setenta nuevas organizaciones independientes comenzaron a competir por la simpatía y la militancia de los campesinos y los trabajadores del estado. Hubo intentos por sindicalizar a los jornaleros agrícolas del norte y el Soconusco. En las Cañadas tuvo éxito la inserción de fuerzas de izquierda en las comunidades indígenas.

La organización en esta región surgió de los ejidos y las asociaciones de ejidos en los municipios de Ocosingo y Las Margaritas (Quintic Ta Lecubtesel y la Unión de Ejidos Tierra y Libertad y la Unión de Ejidos Lucha Campesina). La vinculación de estas uniones en una Unión de Uniones Ejidales y Grupos Campesinos Solidarios de Chiapas y la constitución de una unión de crédito (Paj Ya Kac'Tic) a principios de 1980 representó un avance cuantitativo y cualitativo en la organización de las comunidades indígenas de las Cañadas. Su poder de negociación —para la obtención de créditos, la dotación de servicios públicos y la gestión de títulos permisos— se incrementó sustancialmente. También creció el potencial político y su atractivo para grupos de diversa tendencia ideológica que, provenientes del exterior del estado, comenzaron a hacer proselitismo en las Cañadas. Las asociaciones de crédito

rural derivaron con el tiempo, y por circunstancias particulares, en grupos de autodefensa armada.

En 1974, en el Congreso Indígena de Chiapas, con la participación del obispo de San Cristóbal, Samuel Ruiz, se reunieron cientos de comunidades indígenas a deliberar sobre los problemas materiales que todas ellas enfrentaban: tierra, alimentación, educación y salud. Habiendo optado por los pobres, la diócesis llevaba alrededor de una década desplegando una amplia tarea evangelizadora por medio de catequistas indígenas. De esta manera adquirió una presencia significativa dentro de muchas de las nuevas comunidades de las Cañadas. Durante los siguientes años, el número de catequistas se triplicó, llegando a alrededor de 2000, la mitad de ellos en los pueblos de las Cañadas. En las comunidades los catequistas y, por lo tanto, la diócesis gozaban de gran autoridad.

En la década de los ochenta la precariedad de la vida en estas regiones se agravó—a pesar de los esfuerzos oficiales, eclesiásticos o colectivos—. La crisis económica nacional afectó las finanzas públicas y el gobierno disminuyó los programas de apoyo al campo. Los créditos y subsidios fueron reducidos drásticamente. En 1989 el precio internacional del café cayó a menos de la mitad. Los pequeños productores perdieron todo y los jornaleros cafetaleros quedaron desempleados. Unos años antes se había decretado el fin de la reforma agraria en Chiapas; ya no se repartían más parcelas a los campesinos o indígenas sin tierra. La reforma posterior al artículo 27 de la Constitución autorizó la venta de las tierras ejidales. Y, a principios de los noventa, la política de liberalización comercial del gobierno adelantó la futura entrada al mercado de maíz y frijol a precios más bajos que los del mercado nacional. En conclusión, en unos cuantos años las condiciones legales y económicas en las que miles de campesinos chiapanecos se sostenían se modificaron drásticamente.

Por ello, en 1992, durante la conmemoración del 500 aniversario del descubrimiento de América en San Cristóbal de las Casas, cerca de 10000 indígenas provenientes de los municipios circundantes protestaron contra las condiciones históricas de explotación. La manifestación fue un reflejo del grado de organización

que las comunidades indígenas de los Altos y las Cañadas habían adquirido a lo largo de una década. Poco más de un año después en la madrugada del 1° de enero de 1994, miembros del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)—una fuerza político-militar que evolucionó en las Cañadas de la conjunción de diversas organizaciones de izquierda, comunidades indígenas y líderes sociales y eclesiásticos de base— tomaron San Cristóbal de las Casas y Ocosingo, Las Margaritas y Altamirano, y poco después Chenal Huixtán y Oxchuc, para declarar la guerra al gobierno federal y protestar en favor de los indígenas.

Desde entonces, las condiciones de la política nacional y estatal cambiaron. El EZLN y el gobierno llevaron a cabo una larga negociación en San Andrés Larráinzar sobre la "libre determinación de los pueblos indios" en la que participaron representantes de la sociedad civil de muchas partes del país. En Chiapas, el impacto no ha sido menor. El mapa electoral que caracterizó durante tanto años al estado se modificó. Los resultados de las elecciones federales de 1994 rompieron la tendencia de los procesos electorales anteriores. Mientras que en 1988 el PRI obtuvo 90% de los votos, en 1991 todavía conservó 76.2%, en 1994 sus resultados se redujeron a poco menos de la mitad de los votantes. Por su parte, las elecciones locales dejaron de ser simple rutina para el PRI: se había integrado consejos plurales en varios municipios y creado "municipios autónomos". En las elecciones municipales de 1995 hubo un elevado abstencionismo, resultados cerrados entre los principales contendientes y un número alto de votos nulos en algunos lugares. Las campañas se llevaron a cabo en un contexto de violencia y protestas de organizaciones sociales (toma de palacios municipales y bloqueo de carreteras) y hubo, como resultado, un ambiente político que volvió ingobernables varios municipios de estado. En diciembre de 1997, 45 hombres, mujeres y niños fueron asesinados brutalmente por un grupo armado en Acteal, en el municipio de Chenalhó. La Procuraduría General de la República reconoció la "sorprendente ausencia de cauces e instituciones para la solución pacífica de los conflictos".

A fines del siglo xx, los indígenas se han convertido en sujetos

de la historia del país. Un logro tardío, no sólo en relación con los 500 años que han transcurrido desde la Conquista, sino incluso con respecto a los propios principios en que se funda la nación mexicana. Al fin de cuentas, los indígenas representan cerca de 10% de la población mexicana y en Chiapas alrededor de 26% del total. En ninguna otra entidad de la República los indígenas tienen un lugar tan importante en la realidad socioeconómica y cultural, a la vez que continúan al margen de los procesos dominantes de la vida local. La resolución de esta contradicción representa el reto fundamental para el desarrollo armónico del estado.

CRONOLOGÍA BÁSICA

1500 a.C. – 150 d.C.	Primeros asentamientos agrícolas.
150 – 300	Conformación de los elementos característicos de la civilización maya en la península de Yucatán, el norte de Guatemala, partes de Tabasco, Chiapas y el sur de Campeche, hasta Belice y partes de Honduras.
300 – 700	Periodo de esplendor de Yaxchilán.
400 – 700	Apogeo de Bonampak.
400 – 600	Periodo de influencia de la cultura de Teotihuacán en Chiapas y Guatemala.
600 – 800	Periodo de desarrollo de Palenque.
650 – 950	Periodo en que ocurre la declinación de la civilización maya.
<i>circa</i> 1150	Abandono de Tula por los toltecas.
siglo xv	Expansión de los aztecas hacia el sur.
1492	Llegada de los españoles a América.
1521	Caída de Tenochtitlán.
1522	Encuentro de principales de Zinacantan con Hernán Cortés.
1524	Expedición de Luis Marín desde la Villa del Espíritu Santo y captura del pueblo de Chiapa.
1525	Expedición de Pedro de Alvarado desde Santiago de los Caballeros de Guatemala a la Selva Lacandona.
1527	Nombramiento de Diego de Mazariegos como gobernador de la provincia de Chiapa por el gobierno de la Nueva España.
1528	Fundación de San Cristóbal de los Llanos (en las cercanías de Comitán) por Pedro Portocarrero, enviado de Guatemala; fundación de la

- 1529 Villa Real de Chiapa por parte de Mazariegos; destrucción de San Cristóbal de los Llanos.
- 1531 Nomenclamiento de Enríquez de Guzmán para gobernar la provincia de Chiapa.
- 1539 – 1544 Otorgamiento de la provincia de Chiapa a Guatemala por la Corona.
- 1539 Chiapa pasa a la autoridad de Francisco de Montejo, adelantado de Yucatán y gobernador de Tabasco.
- 1544 Se crea la diócesis de Chiapas.
- 1545 – 1546 Constitución de la Audiencia de los Confines (Guatemala).
- 1712 Fray Bartolomé de las Casas es obispo de Chiapas.
- 1790 Rebelión de tzotziles, tzeltales y choles en la provincia de los Zendales, Coronas y Chianampas y en la Guardanía de Huitiupán.
- 1821 Se crea la intendencia de Chiapa.
- 26 de septiembre Adhesión de los cabildos de Comitán, Ciudad Real y Tuxtla al Plan de Iguala.
- 1822 Declaración de independencia de Chiapas y solicitud de anexión a México.
- 16 de enero Decreto de incorporación de Chiapas a México por parte de la Regencia.
- 1823 Promulgación del Plan de Chiapa Libre.
- 2 de octubre Plebiscito a favor de la incorporación a México (14 de septiembre: Chiapas se convierte en un estado de la República).
- 1824 – 1842 Autonomía del Soconusco.
- 1826 Promulgación de la primera Constitución de Chiapas.

- 1826, 1832 Leyes agrarias para la delimitación de las tierras comunales y enajenación de los terrenos baldíos.
- 1827 Ley de Servidumbre para el reclutamiento para la milicia o el trabajo.
- 1829 Ciudad Real es renombrada San Cristóbal.
- 1858 Promulgación de una nueva Constitución estatal.
- 4 de enero Rebelión de indígenas chamulas.
- 1868–1870 Establecimiento de Tuxtla Gutiérrez como capital del estado.
- 1892 Conclusión de la construcción del Ferrocarril Panamericano uniendo Tapachula con Tehuantepec.
- 1908 Ramón Rabasa renuncia a la gubernatura de Chiapas.
- 1911 Rebelión en San Cristóbal.
- 27 de mayo Victoriano Huerta designa como gobernador militar de Chiapas al general Bernardo A. Z. Palafox.
- 1913–1914 julio-agosto Entrada de Jesús Agustín Castro a Tuxtla como gobernador carrancista.
- 1914 octubre–noviembre El general Castro decreta la Ley de Obreros una ley contra el agio y otra confiscando los bienes de la iglesia.
- 1915 Inicio de la rebelión de los “mapaches”.
- 19 de abril Se integra la primera Comisión Local Agraria.
- 1918 marzo–octubre Salvador Alvarado se hace cargo de las operaciones militares en Chiapas.

- 1920 noviembre Tiburcio Fernández Ruiz es electo gobernador de Chiapas.
- 1921 febrero Promulgación de la constitución estatal vigente.
- 1920-1940 Creación del Partido Socialista Chiapaneco, la Confederación Socialista de Trabajadores de Chiapas, la Unión de Partidos Revolucionarios (Partido Nacional Revolucionario), la Cámara de Comercio de Chiapas, la Unión Regional Ganadera de Chiapas. Se expiden la Ley Laboral y la Ley Agraria Estatal.
- 1927 Intervención de las fincas cafetaleras de ciudadanos alemanes.
- 1942-1946 Fundación del Centro Coordinador del Instituto Nacional Indigenista para la zona de Los Altos.
- 1951 Construcción el sistema de hidroeléctricas del Grijalva.
- 1972 Decreto presidencial que otorga la Selva Lacandona como propiedad comunal a la tribu lacandona.
- 1974 Congreso Indígena de Chiapas.
- 1976-1981 Perforación y explotación de pozos petroleros en el norte del estado.
- 1989 Caída del precio internacional del café.
- 1994 Levantamiento del EZLN.
- 1º de enero El Congreso de la Unión aprueba la Ley para el Diálogo, la Reconciliación y la Paz digna en Chiapas.

LECTURAS CHIAPANECAS (BIBLIOGRAFÍA COMENTADA)

Algunos de los más destacados especialistas en las ciencias sociales han elegido a Chiapas y a la sociedad chiapaneca como su objeto de estudio y dedicado a ello parte importante, sino es que su vida profesional entera, a su investigación. Gracias a ello ciertos periodos de la historia del estado y algunos aspectos particulares de la economía, la sociedad, la política y la cultura de Chiapas cuentan con estudios profundos y amplios que permiten el conocimiento de uno de los estados de más difícil acceso (geográfico).

Existen varias obras generales que ofrecen una panorámica de la historia de Chiapas desde la Conquista, e incluso más atrás, y se extienden hasta el siglo xx. Entre ellas destacan los libros de Mari: Esther Pérez Salas y Diana Guillén, *Chiapas, una historia com partida* (1994), y de Antonio García de León, *Resistencia y utopía*. El primero forma parte de la colección auspiciada por el Instituto de Investigaciones doctor José María Luis Mora sobre historias de los estados. Cubre un largo periodo que comienza, sin embargo no en los orígenes de la sociedad chiapaneca, sino con las reformas borbónicas, y termina apenas con el principio de la década de los veinte. (El texto principal se complementa con una antología de documentos históricos del periodo.)

Antonio García de León en *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidos en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia* (Ediciones Era, 1985) presenta una versión amplia sobre los movimientos sociales desde la Colonia hasta la década de los cuarenta del presente siglo.

Entre las obras generales escritas por especialistas se encuentran también el trabajo de Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Cruz que en 1995 editaron *Chiapas, los rumbos de otra historia* (UNAM